



"LA DESILUSION DE UN PSICOANALISTA"

Dr. Giuseppe Amara

"Muchísimos médicos -como el clero- siguen practicando algo que ellos -mismos, en lo más íntimo, han dejado de creer. ¿Cómo ayudar a curar a una persona enferma, si uno mismo -no cree en el tratamiento?".

*
Erich Fromm

En plena crisis de la media edad, un psicoterapeuta con preparación psicoanalítica, lamenta tener que analizar sin ninguna esperanza las neurosis ajenas y sufre con gran melancolía la pérdida del significado de la vida. Sin duda exagera, ya que pese a su desesperanza no interrumpe su actividad analítica, y aún episódicamente no deja de disfrutar algún atractivo de la vida. Sin embargo, si se vive a la deriva en su existencia carente de significado, le resulta una tarea muy ardua la de analizar la vida de -- los otros, a quienes igualmente identifica como existencias naufragadas.

Esta desesperanza por su vida sin sentido y su profesión inútil, no está exenta de angustia. Sufre con aprensión que las personas acudan a verle sin encontrar en él algún dominio sobre la - ansiedad, la confusión o el desaliento. Ha aprendido a disfrazar su depresión y cree que logra convencer de que aún navega con --- tranquilidad y certidumbre. Todavía lo animan los encuentros huma nos y con sus pacientes suele actuar mostrándose sorprendido ante la depresión ajena, a la que enfrenta como una anomalía inesperada y al mismo tiempo pasajera, pero en la que se adentra con la - ansiedad de delatar su propia desesperanza.

Este terapeuta vive en crisis sucesivas de perplejidad y duda, de vergüenza y culpa. Su constante tensión no ha dejado de repercutir en su columna vertebral y otras grandes articulaciones, al grado de hacerle temer -en plena autoironía- que sea él, además -

* Entrevista de Erich Fromm con Chandler Brossard, Cuernavaca 1964
Fromm aquí se refiere a médicos ...



del paciente, quien deberá permanecer acostado durante las sesiones.

Me confesó que dado el contagio de su mente por la pesadumbre otoñal, a nadie le interesaría conocer a su persona. Pero pude --darme cuenta que si no hubiera sido por una causa de fuerza mayor, difícilmente nos habiéramos entrevistado.

Dice que los pacientes buscan en él aquella esperanza que él --no encuentra en nadie. El los recibe convencido de que más temprano que tarde abandonarán las sesiones cuando se percaten de que --son inútiles. Como sus pacientes no se sienten motivados por en--contrar el significado de sus vidas, suele ocurrir que las mujeres juegan a enamorarse de él y los hombres, más escasos, son menos --persistentes.

Ha podido reconocer que el enamoramiento de sus pacientes femeninos no corresponde a una transferencia del antiguo amor pater--nal, sino al vacío de sus vidas que las induce a dejarse vivir --por la ilusión del amor erótico y la recurrente excitación de los sentidos. Aparte de los pacientes que no saben qué hacer con sus vidas, y aquéllos que no les interesa saber por qué viven, los demás lo solicitan forzados por las dificultades de siquiera poder vivir en sociedad.

Si con los primeros se decepciona fácilmente, es con los segundos que se vive mayormente culpable. El no concede crédito a las mejorías de los pacientes, pero no puede dejar de sentirse culpa--ble de acusar a los pacientes de falta de comprensión o esfuerzo suficientes, cada vez que ellos se quejan de no advertir cambios en el tratamiento. Algunas veces el tratamiento se convierte en --la relación de dos culpables, que en las sesiones razonan y trabajan siempre insatisfactoriamente.

Comienza a padecer la culpa desde que acepta al otro como pa--ciente, por la promesa que implica un tratamiento analítico que --aquí coincide con Borges- "carece de toda virtud curativa".*

Afirma que el análisis del pasado enriquece a la memoria pero no resuelve los dilemas del presente. La vida del adulto es la caricatura intrincada y compleja del pasado. Quien se toma en serio

* Conversaciones con María Esther Vázquez, 157.



la búsqueda del pasado, corre el riesgo de toparse con el destino de la repetición incesante de lo que hemos sido y seremos. Una so la vida no basta para acabar con la tendencia a repetirnos y que él identidica con el destino.

Es probable que este terapéuta sufra de una excesiva responsabilidad por no saber o no poder aliviar el sufrimiento y la desorientación existencial de sus pacientes. Y no deja de ser patético que se someta a esta pesada carga sin acudir a alguien que pudiera ayudarle. Si en la Iglesia Católica, por ejemplo, hasta el Papa tiene no sólo el deber sino también la necesidad de confesar se con otro, la renuencia de este terapéuta a comunicarse con sus colegas, parece derivar de un orgullo incompatible con su profesión. Y que también induce a reflexionar acerca de las lagunas de silencio y suspicacia que aíslan a los miembros de ciertas agrupaciones psicoanalíticas.

Las reservas de este terapéuta ante sus colegas son evidentemente desmedidas. Casi no confía en nadie a quien pueda recomendar como psicoterapéuta. Y a lo largo de varios años se opuso a que su esposa iniciara alguna psicoterapia. De sus profundas críticas, todos sus colegas participarían por lo menos de una de estas tres categorías: no curan por ineptos, no cesan de abusar de sus pacientes, están perturbados y acaban por desquiciar a los otros.

Fue en una estadía en el extranjero donde no pudo mantener el silencio acerca de sí mismo y se atravió a consultar a un colega y un pastor.

El pastor se mostró sumamente prudente de indicarle algún camino religioso. Su colega europeo fue más expresivo y a un cierto punto de la conversación preguntó "si era posible que un fracasado pudiera ayudar a sus pacientes". Sin esperar respuesta, el mismo colega aceptó esa posibilidad y le recomendó al terapéuta que continuara con su práctica. Al final, lo definió como un melancólico, un enfermo del mal de existir, y que este mal no se cura -- sino con la muerte. El colega le previno que no pidiera al psicoanálisis lo que no puede dar, ya que es un método para comprender la existencia y no para pretender curarla. Además inquirió: -- "¿de qué necesita ser curada la vida? Todo lo que debe hacerse -- con la vida es vivirla".



El terapeuta reaccionó vivamente ante el diagnóstico de su melancolía, y con el propósito de hallar el remedio en la misma vida.

Y puede decirse que a pesar de su excesivo intelectualismo, su sofisticada pedantería y sus muchas dudas, tal vez mantenga todavía la fe en la búsqueda de algún significado de la vida, de lo contrario no habría sido sincero con el colega extranjero y también conmigo. Además, aunque se desespere por no encontrar significados que lo animen a vivir, esta persona no ha terminado por desdeñar a la vida.

La esposa del terapeuta finalmente decidió iniciar un tratamiento psicoanalítico por su cuenta. Meses después el terapeuta soñó que se hallaba con su esposa y varios amigos en una gran fiesta. En un cierto momento, se le desprendía uno o los dos cristales de sus lentes y él se inclinó a buscarlos bajo de la mesa. Allí, en la penumbra, encontró al analista de su esposa, quien de inmediato lo increpó con un ademán que implicaba una crítica a su tendencia a descuidarse y su forzada ceguera ante las realidades del matrimonio.

Termina de contar el sueño con una sonrisa que se disipó ante mi seriedad. Dice que recordó el sueño por su contenido humorístico y no se explica por qué yo reacciono con expresión grave.

Yo le cuestiono el aspecto chusco del sueño, la farsa de ese encuentro de comedia, la ridiculización del colega que es puesto a caminar a gatas bajo la mesa durante una gran fiesta.

Con un gesto que pretende desacreditar mis señalamientos, dice que el sueño no es más que una jugarreta con que se burla de sí mismo. No se le puede prestar tanta importancia; no revela más -- que al niño "pescado" en su escondite: es la vergüenza atávica -- que todos sufrimos ante la mirada del otro que sorprende nuestra intimidad. No le reconoce autoridad moral al colega. Aquel también habrá de tener problemas maritales que esconder. Todos somos fraudulentos con nuestros pacientes. Nos atrevemos a cuestionar sus matrimonios, sus adulterios, los tratos con los demás... mientras permanecemos embozados en nuestros consultorios.

Le objeto que el sueño refleja su resistencia a ver ciertas -- realidades de su vida. Lo que lleva a inferir que él no ha perdi-



do sino la disposición y actitud para ver y apreciar lo que es -- significativo.

Por todo comentario lamenta el no poder renunciar a su vida ma trimonial y profesional. Como lo que le interesa es desahogar su melancolía, relata otro sueño con el propósito de mostrar cómo su depresión ya impregna hasta sus sueños. Fue en momentos de honda tristeza que no pudo apartar de su conciencia un sueño repugnante.

Se sueña en un gran excusado. Acaba de defecar y busca con su pié - el pedal que hará descargar el agua de la taza donde está sentado. No lo encuentra, pues todo el pavimento está tapizado de toda clase de excrementos. No recuerda si al final logró liberar a la taza de sus propias heces.

Puesto que vinculó el ambiente del excusado con el de los momentos más sombríos de su consultorio, no fue difícil que yo lo - asociara con aquel sueño de Freud del excusado al aire libre.*

Freud evocó la fuerza de Hércules para ironizar acerca de su intento de limpiar los residuos dejados por los pacientes en el - largo banco transformado en retrete: las concreciones de la vida que la neurosis convierte en muerte.

Este terapéuta, en cambio, con pasividad abyecta, nada hace pa ra remover las heces. Todo lo que procura es sentarse en la taza, quizás para destacar que los demás seres son animalescos, pues -- han tapizado el suelo con sus defecaciones. Dado que vincula el - sueño con la atmósfera del consultorio en sus horas sombrías, es evidente que representa de un modo repugnante su desprecio por -- sus pacientes. Las confesiones de sus pacientes son para él como evacuaciones. Lo que éstos confiesan es materia putrefacta, degeneración del lodo adánico, podredumbre de un mundo sin remedio. - Su única respuesta activa es la de tratar de esconder el asco de sí mismo.

Algunos meses después nos entrevistamos por última vez. Se --- muestra menos deprimido y desea contarme otro sueño de su época - más sombría. Lo hará para demostrarme que la interpretación de -- los sueños ha dejado de ser una tarea científica. Que a los sueños podemos atribuirle las significaciones más dispares y que de todos modos no dejará de ser en cada caso una pretensión gratuita. Toda

* Freud, La Interpretación de los Sueños.



su larga diatriba contra la comprensión de los sueños la resumiré diciendo que, ante las dificultades de la vida, las interpretaciones analíticas para él son apenas los encajes del pañuelo con que se trata de contener una hemorragia.

Gracias a su perorata también me entero de que existe una nueva clase de adictos, los que no pueden vivir sin recibir semanalmente su dosis de interpretaciones acerca de sus vidas. Según el terapeuta, los adictos a las interpretaciones llevan dos vidas, - la vida secreta de los sueños y del inflado mundo íntimo, y la -- otra vida: la dura, incoherente y obscena vida real. Y es frente a esta segunda vida, la verdadera, que él, experto en mundos interiores, se encuentra cada vez más desarmado.

El sueño que va a contarme también transcurre en el piso. Con cierta ironía comenta que es el piso la plataforma habitual de -- sus sueños. Y que tal vez de noche él retorna a la condición animal de la incesante búsqueda. En el sueño otra vez pierde los -- cristales de sus lentes, y en su desesperación por encontrarlos, entre muchos cristales diferentes halló algunos, planos y claros, que eran vidrios corrientes y no corregían su vista, otros eran - poco o nada transparentes, y hasta recurrió a discos que eran - - auténticos fondos de botella.

Al parecer ningún cristal era mínimamente idóneo para los requisitos de su visión. Una vez despierto recordó bochornosamente su urgencia pueril por encontrar cristales cada vez más gruesos y que a la vez resultaban menos útiles.

Cuando termina de contarme el sueño, me reta a tratar de interpretarlo. Como exhibe cierta malicia con sus ojos y la sonrisa, - le recuerdo que yo tomo en serio a los sueños.

Le comento, que el no encontrar sus propios cristales puede indicar su falta de visión autónoma. Mientras su búsqueda pueril de los fondos de botella, hace pensar que en lugar de sus lentes desearía contar con un telescopio. Ya que la luz que persigue, aunque la busque por el suelo, ha de tener una magnitud estelar: sólo un luz como la del sol podría sublimar aquel vasto tapiz de excrementos.

Alaba mis "especulaciones" y dice que con este sueño trató de jugar al viejo estilo de hilar asociaciones al azar. Y que no se



sintió satisfecho hasta que intuyó que los cristales del sueño re presentarían las diversas escuelas psicoanalíticas, cuyos diver-- sos puntos de vista él ha perseguido con un afán que termina siem pre por decepcionarse. Concluye que si existen demasiadas teorías, es porque ninguna resulta satisfactoria.

Le objeto que en el sueño no dejó de buscar más cristales y -- que nadie suele insistir en una búsqueda cuando ha perdido la fe de encontrar lo que busca. Ya que es probable de que carece de vi sión propia, le pregunto por cuáles motivos no ha podido mantener se fiel a la escuela en que fue formado.

Se desborda en una profusión de gestos que denotan desdén, hastío y una marcada decepción por su propia escuela. Dice que tanto en su análisis didáctico como con el grupo de profesores, la transfe rencia, que fue actuada y nunca resuelta, prevaleció sobre la -- "tentativa de introyectar las ideologías de la escuela". Las ideo logías fueron muy pálidas y tangenciales, para que pudiesen de-- jar huellas, en comparación con los procesos profundos y significa tivos de la lucha por el poder y la retórica exhibición del domi nio de las teorías, que se esgrimían con el fin de cautivar más - adeptos y pacientes. Lamenta, que más allá de las diferencias de escuela, a los analistas nos han heredado un procedimiento de in vestigación existencial bastante vago y además pulverizado por -- los direrentes puntos de vista, que raramente resulta un recurso terapéutico válido para resolver la vida. Cada día es más difícil sostener que la investigación del trillado "inconsciente" arroje alguna ventaja. El "inconsciente" se está tornando como el "cielo" para los ateos. Basta considerar que no son perceptibles las dife rencias entre quienes se han analizado y aquéllos que no lo han - hecho. La única posición cómoda para el analista es cuando logra convencer de que cuenta con el poder de desentrañar lo que el pa ciente ignora, el origen de los significados de su vida en un pe ríodo que ha olvidado, que no podrá recordar, el de la más tempr ana infancia, que es donde pululan los nuevos semidioses: el padre, el falo, la madre Kali, etc.. En cambio, si el terapeuta deja de descifrar el sentido del presente según el pretendido modelo pre- térico, su posición se vuelve más vulnerable; si es sincero consi go mismo, descubrirá que casi no tiene alguna superioridad sobre



el poder de la maestra que es la vida misma. Intrincada, compleja, contradictoria, es la existencia la que enseña naturalmente a vivir.

Esta vez le objetó que existen escuelas orientadas hacia el -- análisis funcional -- el de carácter actual-, más que al análisis genético. Por ejemplo, el analista que lo definió como "melancólico" no indagó en lo pretérito y sin embargo le resultó significativo.

Añado que, sin embargo, su dilema no reside en la dificultad de elegir una escuela. Su obstinación es la de no querer ver por sí mismo a las realidades de la vida. Es por esta razón que los cristales, los instrumentos a que recurre, le son inservibles. -- Sin duda él anhela una iluminación relampagueante, masivamente liberadora, y se fastidia con la modestia y perseverancia del análisis que se abisma en la significación de los que dice y siente el otro tanto como uno mismo; con sus pausas naturales, pero de un modo incansable. Los significados de la vida no caen del cielo. -- El auténtico análisis es la actitud para el trabajo incesante en busca de significaciones. Es para no enloquecer que hay que autoanalizarse. Para no deprimirse, paradójicamente, debemos analizar con toda atención las confesiones de los otros para encontrar -- siempre nuevas significaciones existenciales. El gran terapeuta Arturo Higuera solía decir que él se curaba gracias a sus pacientes. El continuo análisis de lo ajeno y lo propio corresponde a los rezos de los religiosos o a las meditaciones de los budistas. Es la cotidiana búsqueda para entender algunos de los infinitos significados de la vida. Y ocurre que si interrumpimos esta delicada labor de analizar aparentes minucias, en un cierto momento -- sentimos que sólo con un haz de luz tan potente como aquél que -- iluminó a San Pablo, es que podremos entender la vida que se habrá vuelto sorda, ciega y caótica.

El admite que está en la búsqueda de un significado de la existencia que sea altamente revelador y satisfactorio, aunque ya no puede creer que lo encontrará a través del psicoanálisis. Pero, -- para culminar con nuestras entrevistas, le apremia demostrar cuán poco confiables son las explicaciones de corte psicoanalítico. De los tres sueños que aceptó aportar, el primero revela al niño que



está en todos nosotros y parece influido por la cinematografía bu fonesca. El segundo fue consecuencia directa de su gran depresión. Donde desea detenerse es en el tercer sueño.

Dice que, según mi visión, el sueño resalta su carencia de visión propia que lo incapacita para ver a través de otras concepciones de la vida. Estará destinado a la confusión, a la miopía, casi a la ceguera, mientras no se disponga a ver y se discipline con la visión que brinda el psicoanálisis sin tregua.

El, en cambio, había opinado que los cristales representan las diversas escuelas psicoanalíticas, tan burdamente aproximativas, brillantes y engañosas, frágiles y distorsionantes. En conclusión, no encuentra ningún lente psicoanalítico que sea adecuado, ya que hacen ver la vida como se ven las cosas a través de un fondo de botella.

No discutirá cuál de las dos interpretaciones sea más válida. Sólo va a referir, para finalizar, cuáles eran sus circunstancias en la época del sueño.

Se hallaba muy deprimido, irritable y a veces exasperado. Los lentes, los cuales se ve obligado a cambiar periódicamente, una vez más eran más perturbadores que útiles. En momentos de desesperación le sucedía que los arrojaba a un lado. No podían aplicarle cristales adecuados, por los inesperados cambios en la acomodación visual que le producía la alta dosis de fármacos energizantes. Debía de suspender por lo menos treinta días la medicación, para que pudiese establecerse cuáles cristales corregirían su vista, con el riesgo de que ya no fuesen adecuados cuando volviera a ingerir excitantes.

Con esto quiso concluir que no existe algo así como la "realidad objetiva". A los hechos los percibimos según nuestro propio sistema peculiar de creencias. Los hechos humanos, como la dice Jeffrey Burton Russell, son proposiciones de mayor o menor probabilidad.

-Usted me dirá -remató el terapeuta-, si la opinión del oftalmólogo acerca del sueño no sería tan pertinente como aquellas psicoanalíticas.

Replico que sí, que el oftalmólogo tendría toda la razón de opinar sobre su vista. Pero que el sueño no se centra en el cris-



tal, en el instrumento, sino en su visión interior, aquéllo que - antes llamaban los "ojos del alma". Ningún método analítico le será útil mientras no despierte sus ojos internos, los verdaderos.

Se despidió diciéndome que mi punto de vista, de ser sincero, era romántico, quizás hasta poético, para no decir ingenuo, pero desafortunadamente ya no lo entusiasmaba. Y que en todo caso, mis palabras poco o nada le significarían si al mismo tiempo no hubiese ingerido los energizantes.

Ya en el umbral, apenas me concedió decirle que él incurría en un error de repercusiones mortificantes. Tendía a hacer del sueño un reflejo pasivo de la realidad. Cuando el sueño es una matriz - capital para la creatividad humana. Por su obstinación jamás se - permitirá esperar algo nuevo, sobre todo aquéllo que para Heráclito revivía a la vida, el descubrimiento de lo inesperado.